REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4 | San José de Costa Rica, Lunes 8 de Mayo de 1922 | No. 7

El Clero y la Política

Nos Crescente Errázuriz, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, Arzobispo de Santiago de Chile, etc.; al Clero de la Arquidiócesis, salud en el Señor.

A fin de mejor cumplir nuestra obligación, vamos a exponer algunas de las reglas a que han de ceñirse los predicadores, cuando anuncien en nuestra diócesis la palabra divina.

Ante todo, jamás olviden que, conforme al precepto del apóstol, deben predicar a Cristo y a Cristo Crucificado. La verdad, traída por Nuestro Señor a la tierra y que ha salvado y ha de salvar al mundo, constituye el fondo de la predicación para ilustrar las inteligencias y fortificar el corazón de los oyentes. La explicación de los Santos Evangelios y de los dogmas de nuestra santa fe. Las eternas verdades, que a un tiempo trazan el camino de la vida y animan a soportar sus sinsabores y penalidades, proporcionan los verdaderos temas de instrucción religiosa, y el sacerdote, que en lenguaje sencillo, apropiado a su auditorio, acostumbra explanarlos, será realmente el predicador evangélico.

Al contrario, cuantos buscan el aplauso de los hombres con elucubraciones que intentan hacer brillantes, cuantos escogen no los temas apropiados a la piedad sino los que más llaman la atención del mundo, cuantos se ocupan en sí mismos cual si mucho importara su persona y sus hechos a la Iglesia, no ocupan dignamente la cátedra sagrada: trabajan de ordinario sin conseguir siquiera su pobre intento, y con harto menoscabo de la religión.

En la enseñanza de las virtudes, aquélla a que más ha dedicarse el predicador es la que entre todas ocupa el primer lugar, la caridad. Enseña siempre el perdón de las ofensas, la prontitud para servir al prójimo, aun a aquel que nos hiera y persiga; despréndase de sus lecciones el amor al prójimo en Dios. Abstengase, por tanto, de lo que podría tornarse en daño ajeno; tenga por regla combatir no las personas sino los vicios; jamás haga alusión a cosas que puedan envolver ofensa para alguien, y si creyere necesario por la notoriedad de los sucesos y su perniciosa influencia mencionarlos en el púlpito, consulte antes al Prelado. *En cuanto a condenar una obra, un establecimiento, una institución, y, sobre todo a nombrar o designar la obra o la persona que se condena, lo prohibimos absolutamente.* Si tales personas o instituciones atacan a la religión, el Obispo verá cómo y por quién ha de hacer la defensa; si lo atacado es el predicador mismo, no puede éste servirse para su propia defensa del púlpito, exclusivamente destinado por la Iglesia a la instrucción y edificación de los fieles.

Póngase en guardia el sacerdote contra la pasión cuando desempeña el oficio de maestro, enseñe como tal con el ejemplo y no use lenguaje destemplado ni manifieste alguna animadversión. Y pues su misión es como la de los ángeles en torno del pesebre de Belén, proclamar la gloria de Dios en las alturas y predicar la paz a los hombres de buena voluntad, *absténgase solícito de cuanto divida los ánimos y sea motivo de desunión.*

Pocas cosas que más exalten las pasiones humanas y que originen más divisiones en la sociedad y en las familias que la política: perturba de ordinario las inteligencias; suele convertir en enemigos, a las veces irreconciliables, a hombres que han sido y que sin ella serían siempre amigos; por momentáneos pero muy ardientes intereses induce a muchas personas, respetadas en su honorabilidad, a recurrir a vedados medios, que en la gestión de sus negocios y en otra cualquiera circunstancia, rechazarían indignados, si se les propusieran; forma, en fin, un terrible conjunto de peligros.

Tan altos y premiosos deberes darían margen en el público a utilísimas lecciones: la Iglesia, empero, sin desconocerlo, juzga que de ellos resultarían gravísimos inconvenientes, tales como tomar parte en luchas ardientes; tornar encarnizados enemigos a los que, siendo hoy sólo adversarios, pueden quizá volver mañana al seno de la Iglesia; herir apreciados intereses, y dejarse llevar el mismo predicador a la pasión política. Y de tal magnitud juzga los incovenientes, que por respeto a la cátedra sagrada y a la misión de paz y de digna elevación sobre las humanas pasiones, de que desea ver revestida la palabra de Dios, prohibe que se trate en el púlpito lo referente a la política.

A la recordada encíclica Humani generis redemptorem, de Nuestro Santísimo Padre Benedicto XV, unió la Sagrada Congregación Consistorial «con plena aprobación de Su Santidad», un reglamento que habrá de servir a los Ordinarios de norma segura en materia de tamaña importancia, y entre esas prescripciones, una de las más explícitas es la que sigue: Queda total y absolutamente prohibido a todo predicador, hablar de política en las Iglesias.

Gracias a Dios, en los Consejos de Gobierno, en los Parlamentos, en las tribunas, tiene hoy por doquiera la idea católica denodados representantes, que, guiados por las enseñanzas del Padre común de los fieles, sostienen con brillo, energía y constancia la más noble de las causas: la defensa del derecho y de la existencia misma de la sociedad.

Profundamente agradecido a esos generosos defensores de la Iglesia, el predicador tienda la mano a amigos y adversarios, a todos como hermanos recuérdeles las sublimes lecciones del Evangelio, encienda y *cultive la piedad y salgan de sus labios sólo palabras de paz.*

Luchen los unos para que las leyes y el Gobierno de las naciones se inspiren en sus ideas y principios; el otro, alejado del bullicio, mire únicamente al cielo; enséñelo a los fieles y olvide las injusticias que con él se cometen, a fin de servir, atraer y salvar a los que lo malquieren y desconocen.

Dada en Santiago a veinte de diciembre de mil novecientos veintiuno.

CRESCENTE,
Arzobispo de Santiago.

(*Colombia*, Medellín).

LA LIBERTAD DE LA CATEDRA

La más alta intelectualidad española pide al Ministro que esa libertad no sea hollada

Señor D. Manuel Aznar, director de «El Sol».

Nuestro distinguido amigo: Por encargo de un grupo de profesores españoles enviamos a usted el adjunto documento, que ha sido entregado hoy en el Ministerio de Instrucción Pública, a fin de que, si lo considera oportuno, disponga su publicación en el periódico que tan dignamente dirige. Nos parece innecesario llamar la atención de usted respecto a la importancia que encierra, dado su contenido y la significación de las firmas que lleva al pie.

Nos reiteramos suyos afectísimos seguros servidores, q. e. s. m.,

Domingo Barnés y Luis de Zulueta

Madrid, 25 de Febrero de 1922.

* *

«Excelentísimo señor: Noticiosos los profesores que suscriben de que a la señorita doña Josefa Uriz, profesora de la Escuela Normal de Lérida, a instancias del reverendísimo señor obispo de la diócesis le ha sido formado expediente por el ilustrísimo señor rector de la Universidad de Barcelona, acusándola aquél de recomendar, para sus trabajos en clase, libros cuyas doctrinas, a juicio del prelado, son *detestables*, *disolventes*, *perniciosas*, así como de producir *escándalos* igualmente con sus propias doctrinas, acuden con el obligado respeto a V. E., pero también con la firmeza de quien se siente amparado por estricto derecho, para reclamar contra semejante abuso, síntoma no aislado en el ambiente oficial de estos días.

Vuecencia, como la más alta autoridad en la administración de la enseñanza, parece la primera llamada a velar por el acatamiento a la libertad de la cátedra, conquistada a costa de persecuciones y sacrificios, y contra la cual en vano se ha pretendido atentar desde hace medio siglo.

Consagrada se halla, y a cubierto de todo poder extraño y bastarda ingerencia, por textos legales, desde la ley constitucional en su artículo 11 hasta aquella memorable disposición dictada por el Gobierno de S. M. en felices momentos de reparar violentas injusticias y de pacificación de los espíritus, y en la que repetidamente se declara «que en las elevadas regiones donde el espíritu se afana por encontrar la verdad para difundirla después, la razón especulativa ha de ser independiente, sin que allí alcance la represión ni la violencia», y de igual suerte «se recomienda eficazmente a los señores rectores... que favorezcan la investigación científica, sin oponer obstáculos bajo ningún concepto al libre, entero y tranquilo desarrollo del estudio, ni fijar a la actividad del profesor en el ejercicio de sus elevadas funciones otros límites que los que señala el derecho común a todos los ciudadanos...» (Real orden de 3 de Marzo de 1881).

Entendemos, pues, que la autoridad universitaria, en este caso, se ha excedido al incoar expediente a una profesora por denuncia de un prelado y con pretexto de doctrinas y libros peligrosos, y pedimos a V. E. que para constante salvaguardia de la libertad doctrinal de la cátedra así se declare.

Por considerar este punto como de absoluta esencialidad para la ciencia, para la educación, para la dignidad del profesorado, para la paz de las conciencias y el mutuo respeto de la vida ciudadana en país sobre todo como el nuestro, donde el cumplimiento de la legalidad conquistada es doblemente necesario, ya que todavía, por excepción en el mundo, *la libertad de pensar y la religiosa se hallan incompletas en la ley, y con frecuencia a merced de la arbitrariedad gubernativa*, se creen los que suscriben en el preciso deber de hacer suya, en todo lo que a esto se refiere, la causa de la profesora tan abusivamente enjuiciada, solidarizándose con ella, decididos a no consentir sin protestar las extralimitaciones abusivas, tanto las inspiradas en franca audacia, como las más peligrosas por su encubierta hipocrecía, que pretendan mermar o menoscabar los principios de ley aquí defendidos y los intereses que en ellos se amparan.

Madrid, enero de 1922.

Santiago Ramón y Cajal, Ramón Menéndez Pidal, Melquiades Alvarez, Miguel de Unamuno, Manuel B. Cossio, Adolfo Bonilla San Martín, Julián Besteiro, Adolfo G. Posada, Rafael Altamira, Gabriel Alomar, Luis de Zulueta, Antonio Machado, Fernando de los Ríos, Américo Castro, Lorenzo Luzuriaga, Domingo Barnés, y cien más firmas españolas acreditadas.

(*El Sol*, Madrid).

SERVIR A DOS AMOS

Por ANTONIO ZOZAYA

> Educar no es presentar a la inteligencia conocimientos, sino hacer adquirir aptitudes.
> Ardigó, *Ciencia de la educación*. Tercera parte. Cap. I X.

Desde aquellos agitados y remotos tiempos en que comenzóse en España a hablar de la libertad de la cátedra, los pedagogos españoles se hallan agrupados en dos opuestos bandos. Unos, los ortodoxos, afirman que el hombre conoce la verdad por haberle sido revelada. La Iglesia, depositaria y conservadora del dogma, tiene el deber de mantenerlo incólume. Toda doctrina que se aparte en un ápice de sus inspiradas resoluciones, es nefanda; todo libro que propague ideas que no son las suyas, es maldito y debe ser proscripto en nombre de la Divinidad. En esto no cabe transigencia. «Qui non est mecum, contra me est», ha dicho el fundador del dogma cristiano. Si la enseñanza tiene por objeto propagar la verdad, necesita estar dirigida, fiscalizada, reglamentada por las autoridades eclesiásticas. Si los libros han de servir para alumbrar los entendimientos, es absolutamente intolerable que un maestro recomiende a los escolares aquellos que combaten y que minan en sus cimientos los fundamentos de la creencia y que apartan a las inteligencias de la verdad revelada e inmutable, que ha sido promulgada para todos los siglos de los siglos.

Otros maestros, los heterodoxos, afirman que la verdad total, el por qué de las cosas, el secreto del pensamiento, de la naturaleza y de los seres, nos son desconocidos y que los hombres vienen obligados, no a declarar aprioristicamente lo que es verdadero, sino a averiguarlo. La labor del maestro no consiste en incrustar en la inteligencia del alumno una serie de definiciones y de leyes abstractas, sino en capacitarle para discurrir por sí mismo; para observar, analizar, comparar y emitir juicios propios, que podrán

no ser acertados, pero sí sinceros y espontáneos, y que podrán servirle para guiar su conducta en la vida con aquella alteza de miras y aquel desinterés que caracterizan a los frutos del pensamiento racional. Para estos pedagogos no hay libro malo, puesto que el escolar no ha de aceptarlo como un decálogo, sino que ha de examinarlo, discutirlo y rechazarlo cuando le parezca oportuno.

Como se ve, las dos orientaciones son irreconciliables. En verdad, no habría conflicto si existiera en España la libertad de profesiones y cada cual pudiera enseñar lo que quisiera cuando y cómo le pareciera oportuno. Cada alumno buscaría el profesor de su agrado. Los católicos llevarían a sus hijos a las cátedras ortodoxas y los librepensadores a las liberales, lo cual no quiere decir que sus hijos salieran creyentes o incrédulos. La experiencia demuestra que, no pocas veces, ocurre lo contrario. Todos los grandes demoledores estudiaron en seminarios y no pocos fanáticos fueron amamantados en la rebelión o el escepticismo.

Pero el Estado, que tiene a su cargo la enseñanza, ha querido dar gusto a todos. Primero, se ha mostrado ortodoxo: ha declarado el dogma católico religión oficial y ha reconocido la autoridad de la Iglesia en punto a verdades y principios; luego ha halagado a los liberales, declarando en la Constitución que nadie será molestado por sus creencias y que todo español es libre de emitir sus ideas, y, además, ha dictado varias disposiciones prohibiendo que los profesores puedan hallar obstáculos en su actividad y en sus elevadas funciones, ni tropezar con trabas para su libre investigación.

Como es natural, esta posición ecléctica y conciliadora ha dado motivo a constantes conflictos. Desde la noche de San Daniel, pasando por la circular famosa de Orovio hasta la admonición del rector de Barcelona a la maestra de la Normal de Lérida, doña Josefa Uriz, la historia de nuestra enseñanza es la de los conflictos entre la autoridad dogmática y la libre investigación. Acudir al Ministro en tales trances es colocarlo en situación tan comprometida como la del Arlequín de la farsa italiana que, en un bolsillo, llevaba órdenes, y, en el opuesto, contraórdenes.

Si autoriza el estudio en la cátedra de un libro herético, la Iglesia podrá censurarlo con justicia. «¡Cómo!—se le dirá.—¡Un ministro católico, puesto que tal es la religión oficial, autoriza que se propague la herejía, hace tabla rasa del «Syllabus» y de la Encíclica «Quanta cura» y desacata a los prelados!» Por su parte, si coarta la libertad del profesor, le increparán, como ahora lo hacen, los representantes del saber. «Proscribir un libro—se le argumentará—es infringir un precepto constitucional y atentar a la libertad, conquistada a costa de tantos sacrificios». Y el problema será insoluble. ¿Qué espuerta arrojar, la de la cal o la de la arena? ¿Qué vela apagar, la de San Miguel o la del diablo? El murciélago de la fábula, que quiso ser, a un tiempo, mamífero y ave, no se vió tan comprometido. El final obligado será una componenda, para la cual no parecerían demasiado hábiles las sabias manos de un Brillat Savarin.

El Estado católico debe proceder como católico; el Estado liberal ha de portarse como liberal. El conflicto quedará resuelto en lo que atañe a la respetabilidad de catedráticos y de obispos. Para la enseñanza, el resultado no podrá ser más deplorable. Para ser profesor será preciso ser un perfecto equilibrista. En cuanto a ser alumno, ya es harina de otra pedagogía. El alumno seguirá estudiando el manual o el libro de texto para ganar el curso, obtener el diploma o el título y ejercer su profesión o su empleo. El verdadero estudioso comenzará a investigar de veras luego que salga de las cátedras. Y, entonces, con los libros dogmáticos de un bando y del otro, hará un lindo paquete para los libreros de las ferias y empezará a pensar por sí mismo, a frecuentar los laboratorios libres, a registrar bibliotecas y archivos, a comprar revistas y monografías, a desentrañar la realidad pensada y vivida, en espera de un día en que el Estado deje de ser creyente o demagogo, y se limite a pagar profesores que enseñen lo que quieran y como quieran, para que sus discípulos acudan o no, y ejerzan sin títulos ni certificaciones la profesión que gusten, satisfechos de no tropezar con dilemas constitucionales ni conflictos de jurisdicciones, en que muy pocas veces aparece por ninguna parte la absoluta sinceridad.

(La Libertad, Madrid).

Conversando con Earl Harding[1]

—A sus órdenes, señor; ésta es su casa.—Así fué el saludo con que me acogió Mr. Harding cuando fuí el otro día a visitarlo en nombre de *El Gráfico.*

—Se ve que recuerda usted nuestras hispánicas fórmulas de cortesía.

—Oh, quien sabe las que haya olvidado en doce años de ausencia.

—De veras; doce años hace que vino usted aquí por primera vez. ¿Y sí nota que Colombia haya experimentado transformaciones de importancia de entonces acá?

—Ah, pero considerables. Lo que más me llama la atención y me agrada es el cambio en su estado de ánimo. La exclusividad religiosa y política ha cedido el campo en el pecho de los colombianos a un fecundo espíritu de asociación, de cooperación, de inteligencia mutua entre los ciudadanos, de ambición por el bienestar general. Mire usted:—añadió levantándose para alcanzar un menú lleno de firmas—en este precioso recuerdo que guardo del banquete de anoche se ve un agrupamiento de nombres que hace años quizá no se hubieran juntado así: aquí hay un masón grado 33, aquí un caballero adicto a la iglesia, más abajo figuran dos periodistas liberales, y casi entre ellos el hijo de un general conservador. En otro tiempo tal conciliación habría parecido absurda, ¿no es así? Hoy es ella la mejor prueba de lo mucho que ustedes se civilizan. Al país lo agita una gran corriente de tolerancia universal a favor de su creciente mejoramiento. Sus hombres van comprendiendo que las diversas maneras de pensar han de servir para construir una patria cada día más buena y más bella, no para destruir la que tienen.

—Cierto; en eso hemos dado un salto; no hay duda.

—Formidable salto. Esas virtudes

He estado en los últimos años alejado de la política. No ha habido, pues, ocasión para ser amigo o enemigo de la actual administración. Mi deber es ser amigo del bien del país, *conforme me lo hagan ver mis escasas luces. Si las iniciativas del Ejecutivo coincidiesen,—y yo lo deseo ardientemente,—con el bien común, entendido a mi manera, buena pro nos haga; pero si desgraciadamente creyere, después de meditarlo bien, que la medida es mala, será inevitable la divergencia.* Nunca votaré por amistad o animadversión, *sino por los méritos del asunto.*

RICARDO JIMÉNEZ

(La Nueva Prensa. San José de Costa Rica).

(1) Ex-redactor del *World* de New York.

cívicas han hecho progresar enormemente a Colombia en los últimos diez años; y tengo para mí que en los diez venideros ese progreso se cuadruplicará.

—¿Por qué?

—Por la sola progresión aritmética de los sucesos. Una vez laborado el principio, el momento de las fuerzas impulsoras va aumentando día por día. Habiendo ya empezado, el continuar se acelera sin remedio. Este país tan rico en recursos materiales, lo es mucho más en recursos mentales. Su mayor riqueza no es la de los petróleos, las minas, los frutos; es la de las capacidades anímicas de los colombianos; y ésta se halla tan inexplotada como la otra, y lo que puede llegar a rendir es incalculable. El día en que la raza de ustedes obtenga educación más adecuada y más completa, y logre oportunidades mejores para prepararse a vivir, ya verán ustedes mismos a lo que alcanzan. Y en este orden observo muy complacido que son precisamente sus capitalistas quienes trabajan más por educar al pueblo. El domingo estuve en el Salto, y vi en las proximidades tres escuelas para trabajadores y creo que para campesinos, fundadas y sostenidas por los Umañas, los Samperes y otro rico empresario y propietario cuyo nombre lamento se me haya escapado de la memoria. Aquí en Bogotá he contado más de treinta instituciones para el mejoramiento de los pobres, en casi todas las cuales intervienen activamente damas ricas y consideradas en la sociedad. ¡Si todas esas organizaciones se federaran o en cualquier forma se aliaran de modo que la unidad de la dirección hiciera su acción más fecunda! Subiendo a otro nivel, ¿no está ahí, el Gimnasio Moderno, por ejemplo, espléndidamente dotado por caballeros ricos de aquí? Creo que tengo razón para ver la maquinaria colombiana definitivamente encarrilada en una ascensión maravillosa, porque los de las clases altas, muy lejos de pretender conservar al pueblo en la ignorancia y en la oscuridad a fin de usarlo a su sabor, buscan cómo afinarlo o iluminarlo, con lo cual su espíritu dará todo lo que es capaz de dar.

—A título de curiosidad muy justa, Mr. Harding, ¿cómo se originó su interés por nuestro país?

—Por un incidente de mi oficio. En 1908, hallándome al frente de la sección de noticias del *World* de Nueva York, comenzó el periódico a publicar su acusación contra Roosevelt por los asuntos de Panamá. El ex-Presidente demandó al *World*, y a un diario de otra ciudad que nos acompañaba en la empresa, por calumnia al Gobierno de los Estados Unidos. Organizada la defensa, quedó a mi cargo dirigirla en parte importante...

—¿De modo que además de periodista, también es usted abogado?

—No, no. La tarea que me tocó fué la de preparar ciertos materiales con qué probar lo que habíamos asegurado. Inicié pues una activa investigación. Ya me había visto comprometido en otras semejantes por razón de mis deberes en el periódico...

—Ah, sí. Excúseme un paréntesis: el *World* se ha especializado en esa clase de campañas para poner en su punto las cosas del mundo político... del mundo social... despojándolas de inexactitudes y dejando en limpio la pura verdad... ¿no es así? ¿Es cierto que fundó en sus columnas una sección de «Inaccuracies» («Incorrecciones»), donde expurga de falsedades y exageraciones lo que sale desfigurado en otros periódicos?

—En general, la norma de conducta de nuestro diario... Perdón, digo «nuestro» aunque ya no tengo con él nexos ningunos, más que los de estrecha amistad con todo el cuerpo de redacción. La norma de conducta del diario es la de no imprimir, no darle al público noticia exagerada ni embustera, y denunciar cuanta cosa infame se halle oculta y él logre descubrir. Lo que el *World* ha desbaratado de intrigas políticas y de otros géneros... Usted sabe desde dónde viene ese espíritu...

—No; cuente usted.

—Una tarde llegó a Nueva York, entre muchos inmigrantes, un chiquillo sin amparo, sin medios de ninguna clase, y buscó refugio inmediato en el vestíbulo de un hotel en la Plaza del Palacio Municipal. El portero lo echó a puntapiés. Fuése entonces a descansar en uno de los bancos del parque; no llorando inútilmente, sino soñando fundar algún día una institución que luchara contra tanta injusticia social como se vive cometiendo. Andando el tiempo fué director del *St. Louis Post-Despatch*, y con el prestigio y el dinero ganados en ese puesto, se adueñó del *World* de Nueva York, un pobre papel de mala estampa, en quien nadie creía, entregado a escándalos. Y desde el primer momento lo reformó fundamentalmente para que en lo sucesivo sirviera en todo y por todo a los intereses del público, no a los privados de su propietario o de un grupo cualquiera. Hoy día sus oficinas residen en un enorme edificio, muy cómodo, que se alza en el mismo punto en que su transformador pasó a la intemperie su primera noche en Nueva York.

El lector y Mr. Harding habrán excusado esta interrupción con que me atreví a suspender por unos segundos el otro interesante relato que mi brillante interlocutor venía haciendo. Creo que valía la pena; mas temeroso de que lo primero se perdiera en los innumerables repliegues de tan rica conversación, me apresuré, tan pronto como la natural curiosidad profesional se vió satisfecha, a traerlo de nuevo:

—Eso es; y en la cuestión con Panamá saltó a la arena como de costumbre.

—Así fué: sí.

—Y usted fué el designado para emprender la busca de las pruebas.

—Exactamente; fué una busca maravillosa. Fuí a Londres, a París, bajé a Panamá y llegué hasta Bogotá. No pensé al principio que tendría que venir hasta aquí; pero en Panamá me salieron al encuentro cosas cuyo complemento o contradicción estaba en Bogotá. En el tiempo que gasté aquí pude estudiar el país, la gente, su carácter, y me convencí de que muy lejos de hallarme entre un montón de concusionarios y chantagistas, como lo gritaban ciertos personajes por ahí, me rodeaba un pueblo, ante todo, inteligente, noble, correcto en su conducta y en sus aspiraciones, muy justo en su modo de pensar, benévolo para con los hombres de buena fe; y como consecuencia natural me fuí encariñando con él.

—Veo que tiene usted un criterio muy reposado y que para formar sus juicios espera, con la mente abierta a todas las consideraciones.

—De lo que en este caso he disfru-

La casa que se cae de vieja

Esta anciana casuca
se mantiene aún erguida
porque así quiere Dios,
pero ya se derrumba
y tal vez sólo espera
que alguien quiera botarla,
para no tener ella
que dejarse caer.

Sin embargo otro tiempo
esta casa fué hermosa,
como novia ella fué,
y quizá muchas veces
fuera pródigo asilo
de familias dichosas
o un alero seguro
de cariño y de paz.

Hoy ya nadie recuerda
su pasado de gloria
y de dicha fugaz;
hoy tan sólo de burla
y de escarnio ella sirve
y sus ruinas infunden
espantosos recuerdos
y un profundo terror.

Bondadosa casuca:
en tus muros tan viejos
puso el tiempo un sentido
de tristeza y amor;
cuando ya te derrumbes,
con estruendo quizás,
yo tal vez te recuerde
pues me hiciste pensar.

J. J. Salas Pérez

(Envío del autor)

tado ha sido de la oportunidad para estudiar cómodamente. La sociedad y en general la gente colombiana me abrió, entonces como hoy, su seno. Lo que no hace con todo forastero. Y penetrando en él pude darme cuenta de lo que había bajo la superficie.

—Todo eso podrá ser, pero no niega que usted supo palpar y pesar los hechos, sin prejuicios y con grande serenidad de espíritu.

—Insisto en que la oportunidad fué quien lo hizo así. Para formar juicio no basta raspar la corteza; es preciso horadar la fruta hasta el corazón. Eso fué lo que las investigaciones que vine a proseguir me permitieron realizar.

—Precisamente eso es lo que digo: que me complace su aplomo para estudiar con criterio los materiales que se le ponen delante.

Encantóme la discrección con que mi sosegado entrevistado evadía lo que acaso le pareció que tenían de lisonjero mis palabras. A la verdad, fuí en ellas sincero y espontáneo, entre otras cosas porque me admira esa calma intelectual para juzgarnos, poco frecuente en los extranjeros, máxime considerado el corto tiempo que pasó en Bogotá Mr. Harding cuando su primer viaje.

—Contribuyó a interesarme en el pueblo colombiano la riqueza espiritual de que he hablado y que observé desde entonces. Este muchacho, por ejemplo,—y sacó de la cartera una fotografía en que figura un joven boyacense—con una ocurrencia insignificante en apariencia, pero que demuestra una de las características de la raza, me impresionó hasta el punto de que me lo llevé a los Estados Unidos, lo hice educar en muy buenos colegios y hoy día es ingeniero graduado por la Universidad de Cornell. En 1909 era el que nos limpiaba los zapatos en el Hotel Uscátegui. Una mañana mi secretario, un joven a quien le faltaba un brazo...

—¡Lo recuerdo mucho!—quizá los lectores tampoco hayan olvidado al «periodista manco» que por todas partes se veía con su cámara fotográfica y su manga al aire.

—Sí. Una mañana mi secretario le dijo, chanceándose: «Si vuelvo a encontrarte mirando por la cerradura del cuarto de Mr. Harding, te tumbo el lóbulo de la oreja con un tiro de revólver; has de saber que yo soy capaz de quitarle las alitas a una mosca de un balazo a cincuenta pasos». El chico se fué sin replicar, pero después del almuerzo se nos presentó con una mosca entre los dedos: «Vengo a que el señor me haga el favor de bajarle las alas a esta mosca con un tiro a cincuenta pasos...» Nos echamos a reír, desde luego, pero con sumo interés. Una naturaleza así, que quería hacerse demostrar lo que se le afirmaba antes de creerlo, merecía cultivo. Y eso son todos ustedes. Mientras más sencillos, más se caracterizan por ese lado. Así lo hice saber en una conferencia que pronuncié sobre Colombia y los colombianos, en los Estados Unidos, hace poco. «Los colombianos—dije—son todos de Missouri». Usted sabe que los misourianos son bastante escépticos, y entre nosotros decimos que es «de Missouri» todo el que antes de aceptar un dicho dice «show me», «muéstreme». Eso es una gran cualidad, porque denota finura de espíritu.

—¿Ahora sobre nuestras relaciones con los Estados Unidos...?

—Me parecen muy deficientes por ahora, y destinadas a ser muy buenas, en todo sentido en lo porvenir. Sin contar con que los Estados Unidos constituyen hoy, por decirlo así, el centro del mundo: ahí está la misma Australia que acaba de lanzar un empréstito en Nueva York; usted comprende que Australia lanzaría sus bonos de preferencia en Londres si allí hubiera dinero. Pues sin contar con eso, en mi concepto, la situación geográfica, las circunstancias especiales, unen a la América de lengua española, más que con Europa, con la América anglo-parlante. Ustedes los colombianos son un país capaz de manejar muchos millones en su bien y provecho; lo que se necesita es que esos millones vengan, y sólo pueden venir de los Estados Unidos. Por otra parte, para que de allá vengan acá con generosidad, se necesita que nos conozcamos más mutuamente; que se sepa aquí que el capitalista yanqui no es un extorsionador; claro que viene a invertir sus fondos para ganar, pero no para chuparse la riqueza del país; ésa se queda en el país creciendo y fructificando, sin perjuicio de que el capital que la impulsó reciba su adecuada remuneración. Y se necesita también que allá se sepa que aquí la gente es activa, inteligente, lista, amiga del forastero que la sabe tratar bien, ambiciosa de mejores condiciones de vida. Por mi lado yo hago lo que puedo por difundir en ambos países el conocimiento recíproco que veo que les hace falta.

—Antes de despedirme, Mr. Harding, me gustaría llevarme alguna anécdota curiosa de su vida de periodista... alguna aventura... algún incidente, cómico, si usted quiere...

—Hombre, cosas personales... vamos... En la investigación sobre Panamá corrí aventuras sin cuento; se ha dicho que con ellas podría llenar un gordo volumen. A ver si recuerdo alguna... Pero no. De lo desagradable que haya sucedido en relación con Panamá no hay que volver a hablar. Callar todo eso de ahora en adelante debe ser una especie de evangelio colombiano...

—Yo creo que de evangelio panamericano.

—Exacto: de evangelio panamericano. Ya está hecho; nada puede deshacerse de otra manera de como se ha procurado enderezar el asunto entre las dos naciones afectadas. Panamá es hoy día una república americana, y todos somos hermanos en la civilización.

—Bueno, pero entonces algo del resto de su vida periodística. Por ejemplo: ¿por qué se metió usted en la fascinante profesión?

—Por eso: porque me fascinó. Mi padre, que fué bastante rico, se arruinó completamente en el famoso pánico de 1893. Me vi obligado a ganarme la vida de un modo o de otro. Cuando estuve en la escuela, años antes, gustaba de escribir cartas a los periódicos, algunas de las cuales se publicaron. Entonces no pensé que tal cosa podría algún día darme el sustento. Pero así fué. Mi primer empleo lo tuve en el departamento de circulación de un periódico; nada de literatura; pura repartición. Sin embargo poco después fuí escribiendo. Un día el director me mandó a entrevistar al Presidente Cleveland. Trabajo me costó guardar la serenidad. Figúrese. Pero no me salió mal la obra y ahí empecé a ascender. Hoy día puedo decir que todo lo que tengo y he tenido, se lo debo al periodismo.

En esto ya estábamos de pie. Mr. Harding tenía que salir. Si no hubiera sido por eso, no sé dónde hubiera acabado tan interesante conversación.

El Cortesano

(*El Gráfico*, Bogotá).

La selección de los más capaces

COMO SE PRACTICA EN BERLIN

Diversas veces nos hemos ocupado de este problema de la «Begabtenauslese» o selección de los más capaces, que tanto interés despierta actualmente, sobre todo en Alemania. Como es sabido, se trata de seleccionar entre los alumnos de las escuelas primarias aquellos niños más capaces, que después pueden estudiar una segunda enseñanza más breve, pero más intensa, que los alumnos secundarios ordinarios. Esta selección está orientada en los principios de la «escuela unificada»; pero es de un alcance mucho más limitado, puesto que se reduce a un número pequeño de alumnos.

Hoy vamos a dar cuenta—valiéndonos de un trabajo de Moede y Piorkowski, aparecido en la revista *Praktische Psychologie*—de cómo se realiza actualmente esa selección en las escuelas de Berlín, ya que en otra ocasión hemos indicado las «pruebas» de que consta el examen psicológico, que es la base de la selección.

Los directores de las escuelas públicas reciben, cuatro meses de las vacaciones de Pentecostés o de las de verano, invitaciones para que den a conocer los niños que les parecen especialmente bien dotados. En estas invitaciones se indican suscintamente las diferentes especies de escuelas que están destinadas al perfeccionamiento de los más capaces, y los cursos y fines de sus enseñanzas. Los directores se ponen en relación con los padres de aquellos niños que creen más capaces, les explican las diversas posibilidades de las escuelas para ellos, y cuando se ha llegado a una inteligencia con los padres, hacen la propuesta de estos niños. Sobre cada niño propuesto tiene, en primer lugar, que hacerse una extensa caracterización, que indica las capacidades particulares por las cuales se ha propuesto en la escuela al niño, y que contiene, además, todas las observaciones esenciales reunidas en el transcurso del tiempo sobre el niño. Asimismo debe aportarse un certificado del médico escolar correspondiente que exprese que el niño soportará bien los trabajos de una educación escolar abreviada; es decir, más rápida e intensiva que la ordinaria.

Las propuestas así recibidas se reunen, y después se somete a todos los muchachos y muchachas, agrupados en dos secciones, a un examen escrito de capacidad psicológica, que se realiza en una gran sala, construida en forma de anfiteatro, con más de 300 plazas; de suerte que cada niño esté separado de los demás, al menos por un asiento vacío, y a la vez se ofrezca una ojeada de conjunto sobre todos.

Los exámenes se realizan en tres mañanas, separadas entre sí al menos por tres días, para evitar en lo posible las oscilaciones de la atención. Al examen propiamente escrito precede una reunión general, en la que se pregunta a los niños (y éstos han de contestar también por escrito) las materias que prefieren, sus aspiraciones profesionales, las enfermedades que han pasado y, sobre todo, sus ocupaciones preferidas. La reunión debe servir, no sólo para obtener los datos mencionados, sino para habituarles a la gran sala, extraña para ellos, y para vencer la timidez que existe en ellos al principio, por el contacto personal de los niños entre sí y con los examinadores.

Estos constituyen una Comisión de siete miembros, compuesta, a más de los psicólogos, por representantes de las escuelas primarias y secundarias de muchachos y muchachas. Después que se ha realizado el examen, y se ha examinado sus resultados por esa Comisión, se procede a la selección definitiva, según esta norma: los alumnos que en el examen psicológico han sido calificados como especialmente buenos, son admitidos sin más, conforme a los deseos manifestados por ellos o sus padres, en la escuela elegida. En todos los demás casos, se toma la resolución conjuntamente, según los resultados del examen psicológico y las indicaciones de la ficha de observaciones.

De este modo debe revelarse, además de lo obtenido en el examen psicológico por medio de la nota total, las particularidades que acaso han podido ser reprimidas en el examen, y de este modo valorarse mejor las experiencias de la escuela.

(*El Sol*, Madrid).

Llegó la lluvia...

Por OCTAVIO JIMENEZ

Niños, si yo os preguntara en estos instantes cúal de vosotros está triste, sentiría la misma emoción que clava en el alma el alejamiento bullicioso de las golondrinas, cuando se les lanza una piedra al alambre en que ahilan sus cuerpecillos. Porque a vuestras almillas misteriosas no puede llegar el ogro agresivo del dolor, que es lento y sin alas. Apenas percibís sus contorsiones de gusano, alzáis el vuelo y queda en el espacio un gigantesco pentagrama cundido de canciones. ¡Ah! niños queridos, cuántos vamos tras esa estela musical con los corazones afinados como instrumentos ansiosos de una mano que los suene.

Vais regando vida a vuestro paso así como el agua que ha comenzado a fluir de las nubes henchidas. La alegría que perennemente reina en vuestras vidas aparece ahora con el invierno en la naturaleza.

Ya cayeron los primeros aguaceros sobre esta tierra agrietada de puro seca. Con cuánta ansia abría sus poros la caricia fecundante del agua pura escapada del propio cielo! Meses enteros ha permanecido dormida, acurrucada entre los rayos del sol que le ha atesorado de vida los resquicios vacíos como celdillas de panal sorbidas por bocas menesterosas. He ido por los callejones sombreados de los cafetales cundidos de flores. Muy pocos días hace no asomaba ni una sola flor y ha bastado que el agua primeriza del invierno los empape, para hacerles saltar las corolas blanquísimas. Si es de tanta blancura su color, que pensamos en un frío profundo ocurrido en las entrañas de las plantas que les ha transformado la savia en copos de nieve. Porque hasta la breve duración de la nieve poseen estas florecillas que nacen en el aguacero de una tarde y mueren en el sol mañanero del quinto día.

Tantas!, he exclamado perdido en su mundo perfumado y blanco. He sentido el impulso de extender en cruz mis brazos y permanecer quieto, invocando a las fuerzas de la tierra, hasta ver surgir de cada poro una flor alba y estrellada. Es la vida en su más vigorosa manifestación la que circula en estas plantas humildes. Ha venido en torrentes por los canales sutiles de la tierra y por el espacio. Aquí vivifica con su mejor empeño la porción que más lo necesita; allá a la orilla del camino se extiende con recato dando impulso a las hierbas menudillas. Es por eso que en los sitios en donde labora esta fuerza poderosa, sentimos una inquietud de vértigo como si estuviéramos tomando parte en alguna cuadriga romana. Pensamos y huyen los pensamientos en cuanto asoman muy ufanos; es que son viejos rutina-

rios incapaces de renovación. Queda la mente sola, pero limpia y pura como cántaro ansioso de agua de manantial cristalino.

¿Y vosotros, niños, sabéis observar la multitud de cosas que viven en los lugares que os circundan? Cada una guarda su secreto lleno de miel como el fondo de la flor, y sólo lo entrega al que hunde la mirada llena de cariño en su cuerpo simple o múltiforme. Muy fácilmente se comprende esto trayendo a la memoria el juego «frío, frío, calor, calor», que con tanta algazara jugáis en las calles.

Uno, guardador de la prenda, la esconde en cualquier lugar y como soberano va gritando: frío, caliente, tibio, al acercarse cada cuerpecillo buscador.

Y ahí permanece dictando sus palabras sin que ninguno le jale el pelo o lo pellizque para arrancarle el secreto del escondido. Porque, ¡ay! apenas siente la amenaza huye y es menester que vayáis apresurados a decirle que vuelva, y a echar del juego al culpable. Mas, cómo es de diferente cuando os acercáis al que oculta la prenda, callados, mirándole con cariño y hasta rozándole la mano rápidamente para que diga el sitio guardador.

¡Con la seguridad que lo sabéis casi enseguida, en silencio, con un gesto de boca!

Así también toda esa multitud de cosas que vemos continuamente a nuestro alrededor, traen una prenda escondida que sólo dan al humilde, al que las quiere y no las atropella sin piedad. El musgo de las paredes viejas, los hongos, las aves, los insectos, son amigos nuestros que están dispuestos a halagarnos con la belleza oculta que poseen. No basta abrir bien los dos ojos maliciosos para recoger lo bueno de la naturaleza que da alegría y satisfacción. No, niños buenos, es necesario saber ver. Abrir sí, bien los ojos, tanto como al perseguir la mariposa de vuelo ondulado, pero llevando en la mirada cintas que amarren las aristas de las cosas a nuestra propia vida. ¿Que no comprendéis? Es muy sencillo. Digo que frente a una flor, a una abeja, a un pájaro, a una piedra, abramos bien los ojos y que la mirada profundice para que no pase por encima de ellos como bala destructora, sino mansamente, acariciadora, necesitada de algo útil.

¿Entendéis? Esto es lo que llamo cintas, porque realmente producen ataduras entre las cosas y nosotros. Miramos la flor porque necesitamos de la forma linda de sus pétalos, de su color, de su olor. Y de la simple mirada pasamos a su conservación cerca de nosotros y de aquí al cultivo. ¿Veis el secreto de la flor? Hacernos cultivadores, ponernos en contacto con la tierra negra y desmoronada. Buscamos semillas para plantar, abrimos surcos, traemos agua para regar, nos asoleamos y el día señalado vemos esponjarse suavemente la flor llena de fragancia.

Mas, niños, no es esto todo. Hay en la piedra, en el musgo, en el pájaro, en la mariposa, en la flor, en la abeja, algo de más profunda realidad que vosotros comprendéis muy bien cuando jugáis con ellas. En los instantes del juego ponéis en esas cosas toda vuestra atención, todo vuestro cariño, toda vuestra vida y entonces son lo que querráis que sean. Así el tiesto de porcelana ennegrecida será oro para comprar en la rica tienda instalada bajo el árbol frondoso, pañuelos de seda, que son pétalos de rosa; encajes de calados prodigiosos, soltadores de polvos de plata, que son hojas de helecho silvestre; sombrillas chinas que son hongos rígidos; zapatos ambarinos, que son cáscaras de avellana. ¡Regáis sobre el trillo del camino un montón de plumas blancas, y son nieve acabada de caer. Os ponéis una rama seca sobre el costado, y sois reyes de la más afilada espada. Os colgáis flores de sauco en la cabeza, y sois reinas de la más enjoyada corona. Coméis jocotes rojos, y son manzanas jugosas; racimos de güitite y son uvas azucaradas; pedazos de dulce de tapa, y son confites de cacao. Metéis dentro de una jaula de caña una piedra dura, y es un pájaro de canto sin igual que aturde al vecindario. Vaciáis agua en un hueco del suelo, y es el mar que se agita por no poderos tragar. Levantáis un tizón llameante, y es el sol que alumbra a vuestro antojo las montañas y las ciudades.

El juego termina al fin cuando os llaman a sentaros a la mesa, a saborear la rica leche y el pan. Vais refunfuñando, porque todavía vibra en vuestras almas el aliento de los reyes y es grande la humillación que sentís cuando os ordenan bruscamente que debéis obedecer. Apenas probáis las viandas, pues vais ya repletos de los dulces manjares que vuestra imaginación creó en el juego, y a los cuales el espíritu dió formas y sabor.

Veis cómo cada cosa en la naturaleza posee un valor plástico que sabéis encontrar poniendo a vibrar la nota más alta del espíritu. No tienen fijeza y sólo esperan obedientes la manifestación del espíritu para transformarse las unas en las otras. Aquella piedra rígida que levantasteis como pájaro de canto riquísimo, es, apenas se mantiene en alto, donde le brotan las alas, sonora y armoniosa garganta de ave. Mas, ¡ay!, niños queridos, sólo vosotros oís el canto, porque sólo vosotros lo lleváis oculto en el espíritu.

Abril

(Envío del autor).

LA INFAME

POR FLETA CAMPBELL SPRINGER

(Conclusión. Véase el Nº 5).

LA primavera había salido a su encuentro en Hómebury Saint Mary. Así se decía Bessie Lónsdale a sí misma al despertar en su cuarto adornado a la antigua con cortinas de zaraza. El sol resplandecía en las ventanas, el aire era tibio y embalsamado, y, enderezándose sobre el codo, descubrió en una pequeña vuelta sombreada del jardín que se divisaba afuera, una débil mancha de césped anidado en la obscura y húmeda tierra.

Levantóse, y tocó la campanilla llamando a la criada, que se presentó muy pronto, sonriente, en la blanca cofia que encuadraba sus rosadas mejillas. Tomó café y bollos, con la rica crema campesina, mientras se vestía. Su cuarto daba directamente al jardín; y Bessie, calzada con gruesas botas, y vestida con un traje de calle y con un sombrerito de suave fieltro verde, salió de la habitación. Áyling, que evidentemente se había levantado temprano, vino hacia ella blandiendo una gran vara recién cortada en los bosques que se extendían más allá del jardín. Le dió la voz desde lejos:

—¡Ya lo ve usted! ¡El sol *brilla* efectivamente en Hómebury Saint Mary!— Y como si en su gratitud por aquel glorioso día quisiera mostrarse benigno para con el resto del mundo, añadió acercándose: — Tal vez brilla en Londres también.

—¿Londres?—exclamó ella.—¿Londres? ¡No existe semejante lugar!

—¿Está usted contenta de haber venido? —preguntó.

—¡Contenta! —Su tono lo decía bastante.

—Ese sombrerito verde es un encanto,—dijo él, haciéndole una pequeña reverencia.

—Me alegro de que le guste,—replicó, riéndose.—Y esa vara es magnífica.

El la mostró con orgullo.—Una obra de arte,—dijo. —Hice una igual el verano que estuve aquí cuando tenía doce años. Esta mañana me acordé al despertar, y salí para buscar ésta.

Ella la admiró con detenimiento, especialmente las iniciales recortadas en la obscura corteza, pero sugirió ciertos embellecimientos en el puño.

—¡Caramba, tiene usted razón!—admitió poniéndose a la obra con su cuchillo.

Eran como dos muchachos escapados de la escuela. Toda la mañana vagaron en el campo, explorando las pequeñas sendas que conducían a las amarillentas colinas, regresando hambrientos al medio día para almorzar en el reducido comedor del hotel, y separándose después en el corredor para ir a sus respectivas habitaciones a descansar y a leer. A las cuatro, Áyling vino a tocarle la puerta para avisarle que había en la sala un «absolutamente enorme té».

Aquella noche, ante un hermoso fuego en la chimenea del salón, se sorprendieron mutuamente bostezando a las nueve y media, y en seguida se dieron las buenas noches.

El día había sido tan delicioso que al siguiente se encontraron siguiendo igual rutina. Y lo mismo sucedió al otro día y al siguiente. Bessie Lónsdale no había sentido por muchos años tanta paz y tanta fortaleza. En los paseos matinales que emprendían juntos mostraba ella mucho más vigor que él. El aire vivificante la electrizaba, haciéndole sentir la impresión de que podría caminar eternamente en medio de las encantadoras y onduladas colinas. En cierta ocasión caminaba y caminaba, cada vez más rápidamente, con la cara levantada de frente a la suave brisa que venía desde el mar, sin notar cuánto había apresurado el paso. De pronto, volviéndose para preguntar algo a Áyling que marchaba a su lado, la palidez del rostro de su compañero la detuvo instantáneamente.

—¡Oh, cómo lo siento! Perdóneme usted,—dijo.

El sonrió con cierta cortedad, y aguardó un momento para recobrar la respiración antes de contestar:—Es culpa del viento; sopla con demasiada fuerza.

Y ella no dijo más por no causarle mayor embarazo, pero en lo sucesivo ajustó su paso al de Áyling, sin perdonarse nunca su falta de previsión, eligiendo las vueltas y recodos más llanos en vez de las sendas ascendentes de las colinas.

Durante cinco hermosos días primaverales pasaron las mañanas al aire libre, en el sol, almorzaron, separáronse hasta la hora del té, se reunieron de nuevo para la comida, y se dieron las buenas noches a una hora absurdamente temprana. Y ninguno de ellos podía decir si se divertían o interesaban mutuamente o si buscaban simplemente el consuelo de la compañía recíproca. Quizá sentían las tres cosas. A todo evento, era un idilio de índole especial, y de atractivo más íntimo que muchos otros idilios menos platónicos.

En la mañana del sexto día, al salir al jardín como de costumbre, observó Bessie Lónsdale que el cielo estaba cubierto de ligeros vellones de nubes. La temperatura era suave, empero; y ella vagó en torno por media hora antes de que se le ocurriera que quizá Áyling estaba aguardándola dentro de la casa. Fué a buscarle, pero no le encontró por ninguna parte, y decidió que había dormido más de lo acostumbrado. Esperó hasta las once, y luego salió a pasear sola. No gozó del paseo, sin embargo, porque estaba inquieta por Áyling: temía que estuviera enfermo. Se esforzó en caminar un poco, pero al llegar a la segunda vuelta del camino, volvióse bruscamente y regresó al hotel. Áyling no parecía por ninguna parte. No estaba en el jardín; no estaba en el comedor. Subió a su habitación y cogió un libro, pero no podía leer. Entonces salió al corredor en busca de alguien a quien pudiera preguntar; pero nadie había visible.

La entrada del cuarto de Áyling daba a la pequeña sala general al extremo del corredor. Avanzó hasta llegar al saloncito, donde penetró manteniéndose silenciosa y tratando de escuchar algún ruido tras de la puerta de Áyling. El silencio parecía aumentar en torno suyo; invadía la sala, se extendía por toda la casa. Entonces, impulsada por este silencio, alargó la mano y golpeó suavemente a la puerta. No hubo respuesta. Repitió su llamada, una, dos veces, y solamente este penetrante silencio la respondía. Cogió la manecilla y la hizo girar sin ruido; la puerta se abrió, y ella entró en el cuarto. El lecho estaba al frente, y allí yacía Áyling tendido de costado. Antes siquiera de ver su rostro, su propio corazón le dijo que estaba muerto. ...Yacía en serenidad completa, como si la muerte le hubiera sobrevenido en medio de su sueño.

Por un momento Bessie Lónsdale se sintió desfallecer. En seguida, empujada por la fuerza de una emoción que parecía posesionarse de ella desde el exterior, emoción que no podía definir, pero que era tan irresistible como el silencio que antes la había impulsado, retrocedió paso a paso, sin ruido; cerró la puerta tras sí, y retrocediendo todavía sin producir el menor sonido, quedó inmóvil en medio del saloncito. Entonces aquel extraño terror premonitorio—no sabía ella qué cosa—aquella sensación que parecía viajar hacia ella desde inmensa distancia, se concentró súbitamente en un solo nombre: ¡«Peggy»! Confundidas en vertiginoso torbellino, las ideas indirectas que acompañaban al nombre se apoderaron de su mente, de su cuerpo, de su voluntad. *Peggy estaba amenazada...* ¡Con lo que había ocurrido la felicidad de Peggy podía quedar destruída! En un relámpago vió toda la historia... los crudos hechos publicados en los periódicos—como indudablemente sucedería—o repetidos por la maledicencia, regocijada de escándalo semejante: ella, la madre de Peggy... y Richard Áyling juntos en un hotel aislado... el repentino y sensacional descubrimiento de la muerte de Áyling... Veía la faz austera de Lady McCrae... los azules ojos acusadores de Ándrew McCrae... y el rostro trastornado de Peggy.

Trató de rehacerse, de pensar; sus pensamientos no eran ideas razonadas, sino nociones inconexas, flotantes, sueltas...

De pronto, por alguna extraña alquimia de su mente, tres ideas se destacaron con claridad. Tomaron forma como tres proposiciones de un simple silogismo.

Nada podía hacer ahora por Richard Áyling... Nadie sabía que ella hubiera estado allí... Un tren pasaba al medio-día por Hómebury Saint Mary en dirección a Londres.

Todos los años de abnegación materna de Bessie Lónsdale le ordenaban actuar. Sus nervios solamente parecían escuchar y obedecer. Era como una persona hinoptizada, a quien se hubiera ordenado con gran detalle y precisión lo que debía hacer.

Cautelosamente salió de la habitación, siguiendo el largo corredor. Una vez en su aposento arrojó en una maleta las ropas diseminadas, barrió los obje-

tos del tocador, y echó una mirada al espejo, encontrando con estupor que tenía puestos el abrigo y el sombrero. Luego, salió por la puerta que conducía al jardín, torció rápidamente a la derecha, y escapó a gran velocidad, sin sensación alguna de que sus pies tocaban la tierra. Un tren, cuyo silbato resonó a la distancia, apareció a la vista. Ella corrió a compás del tren, llegando a la estación en el momento preciso en que el convoy se detenía. El guardia tomó su maleta, y ella se lanzó a la portezuela. No encontraba extraño el haber llegado a la estación en el minuto mismo en que arribaba el tren. Parecía lo más natural... en perfecto acuerdo con su plan...

A las tres y diecisiete minutos Bessie Lónsdale entró precipitadamente en una casilla de teléfono en la estación de Victoria, y llamó a una amiga, invitándola a que viniera a tomar el te con ella. Tomó luego un taxi, que despidió a una cuadra de distancia de su casa, entró a una pastelería, compró algunas pastas, y cinco minutos después quitábase el sombrero y el abrigo en su propio aposento.

Actuaba rápida, automáticamente, sin apariencia alguna de esfuerzo, como si obedeciera todavía a hipnóticos mandatos. A las cuatro, un hermoso fuego resplandecía en la chimenea del salón, lanzando alegres y temblorosos reflejos sobre los accesorios de plata del té, sobre el lustre pulido de la caoba recién sacudida; veíanse libros arrojados al descuido acá y allá, una revista ilustrada de fecha reciente abierta como si alguien acabara de dejarla; y Bessie Lónsdale ataviada de un traje de crespón de seda azul, recibía a su visitante. No era ésta una amiga íntima, sino una conocida a quien Bessie no veía a menudo: una cierta Mrs. Dówney, a quien agradaba hablar de sí misma y de sus propios asuntos. Bessie Lónsdale no sabía por qué la había escogido. Su cerebro había trabajado sin dirección, independiente de su voluntad. Nunca habría podido ella encaminarlo tan bien.

Ahora mismo, cuando la hubo hecho pasar y se escuchaba a sí misma diciendo frases fáciles, amistosas, banales, no tenía la sensación de decirlas ella conscientemente. Brotaban espontáneamente de sus labios. No oía nada de lo que decía Mrs. Dówney, y, sin embargo, le respondía. Más tarde, al servir el té a su huésped, recordó haber oído decir en cierta ocasión a Mrs. Dówney: «Dos trocitos de azúcar y nada de crema». Sirvióle dos trozos, y se sorprendió de la exclamación de su amiga: «¡Querida mía, qué buena memoria!»... Nunca supo si Mr. Dówney habló de una o de varias cosas aquella tarde. Sólo ciertas palabras, frases incompletas, ademanes, se fijaron en su mente para no desaparecer jamás. Parecía haberse dividido en dos seres diferentes, ninguno de ellos completo.....Uno, el más intenso de los dos, estaba el Hómebury Saint Mary, contemplando el rostro inerte, inmóvil, de Áyling, y este ser estaba lleno de una piedad, un remordimiento, una ternura, que hacían daño. El otro ser estaba allí, vestido de un traje de crespón azul, tomando té, y expresándose en una voz que ella escuchaba vagamente en tranquila conversación, como si nada hubiera sucedido, como si sintiera apenas un poco de soledad y de vacío...

De súbito algo pasó en el aposento, una vibración que pareció despertar a Bessie Lónsdale en medio de la irrealidad de un sueño. Tuvo necesidad de apelar a toda su fuerza de voluntad para dominarse.

Sonriendo, Mrs. Dówney decía en tono ordinario:—Llaman al teléfono.

Bessie Lónsdale se levantó y atravesó el cuarto, tomó el receptor, dijo: «Sí»; y quedó aguardando.

Una voz masculina se dejó oir a través del alambre. —Desearía hablar con Mrs. Lónsdale, hágame el favor.

—Yo soy Mrs. Lónsdale,—contestó ella, en voz suave y tranquila. Su voz estaba perfectamente tranquila porque su voluntad la había abandonado de nuevo. Sólo su cerebro funcionaba, clara, independientemente.

—¡Ah, Mrs. Lónsdale! Habla Mr. Burke, Mr. Franklin Burke, del Cosmos Club. Estoy tratando de ponerme en contacto con los amigos de Mr. Richard Áyling, y un individuo llamado Chédsey, que según creo estuvo algún tiempo al servicio de ustedes, me dice que Mr. Áyling es un antiguo amigo de la familia.

—Sí; —dijo ella,—somos antiguos amigos.

—Usted sabrá entonces, presumo, que Mr. Áyling había salido... al campo hace pocos días.

Sí; —repitió Bessie,—sé que no se sentía muy bien y que salió de la ciudad por una semana... ¿Ha... pasado algo? —Los latidos de su corazón resonaban con fuerza en sus oídos.

—Siento mucho ser el portador de malas nuevas, Mrs. Lónsdale, pero me veo obligado a decirle que hemos recibido en el Club un mensaje telefónico avisando que... espero que no le afectará demasiado... que Mr. Áyling falleció hoy en un hotel donde se había alojado, en Hómebury Saint Mary, creo.

La voz era suave y apesarada. Bessie Lónsdale vaciló perceptiblemente, y la voz volvió a repetir en el teléfono:—Siento mucho, muchísimo, darle a usted la noticia de esta manera...

Y ella se escuchó contestar:—Naturalmente... es una impresión bastante desagradable...

—Lo comprendo perfectamente, en verdad.

De nuevo escuchó ella el timbre de su voz como si perteneciera a alguna otra persona:—Supongo que sería del corazón.

—¿Estaba enfermo del corazón?

—Sí; lo tenía afectado hace algunos años.

—Desearía saber, Mrs. Lónsdale, si puedo solicitar de usted un favor. Usted sabe, naturalmente, que Mrs. Áyling tenía pocos amigos íntimos en Londres; a decir verdad, usted es la única de quien hemos podido tener noticia en este corto tiempo. Por esta razón me permito pedirle que se sirva recibirme esta tarde; usted comprenderá que hay que llenar ciertos requi-

sitos, informaciones necesarias, que sólo un antiguo amigo de Mr. Áyling podría facilitar... y que no podemos obtener de otra manera...

—Lo comprendo perfectamente.

—¿Podrá usted recibirme, entonces?

—Indudablemente...—Era imposible decir otra cosa.

NUNCA supo cómo se deshizo de su visitante, qué explicaciones dió, ni cómo se despidió de ella en el preciso momento en que llegaba el anciano Mr. Burke, de manera que fué indispensable presentarlos. Debió dar alguna explicación adecuada, sin embargo, porque las últimas palabras de Mrs. Dówney, en presencia de Mr. Burke, fueron: —Es siempre muy doloroso, en mi opinión, perder uno de los amigos verdaderamente *antiguos*.

Mr. Burke pasó al salón. Fué muy correcto, muy amable. Suplicó a Mrs. Lónsdale que se sirviera creer que le era sumamente sensible venir a verla con motivo tan lamentable; que solamente lo hacía obligado por la necesidad, y porque ella era la única persona a quien podían acudir. Añadió que había conocido a su esposo, el mayor Lónsdale, y esperaba que, por consiguiente, no le considerase del todo como a un extraño.

Ella le oía como quien escucha una música lejana, de que sólo llegan los ecos y las partes culminantes. Hízole algunas preguntas, y ella tuvo la conciencia de que las contestaba.—¿Cuánto tiempo había conocido a Mr. Áyling? —El y su marido habían sido amigos de la infancia; ella le conoció al tiempo de su matrimonio con el mayor Lónsdale.—¿Había continuado la amistad durante todos estos años?—No; nada había sabido de Mr. Áyling desde la muerte de su marido; sabía que estaba en la India; renovaron la amistad hacía poco tiempo, cuando él regresó a Inglaterra.—¡Ah! Probablemente, entonces, ¿ella no sabría nada de las relaciones que Mr. Áyling pudiera tener? —En este punto Mr. Burke cambió de posición, tosió ligeramente, y dijo:

—Le dirijo estas preguntas, Mrs. Lónsdale, a causa de un... puedo decir... un elemento muy infortunado en conexión con el caso. Parece que había una mujer con Mr. Áyling en el hotel de Hómebury Saint Mary.

Bessie Lónsdale quedó en expectativa, sin saber de qué. Parecíale que habían transcurrido varios minutos antes de que la voz de Mr. Burke sentado allí en su actitud de grave simpatía, prosiguiera:

—Tan sólo me he permitido mencionar esto a usted, Mrs. Lónsdale, porque con toda probabilidad tendrá que ser conocido al llenarse ciertas formalidades...

—¿Formalidades?—cortó ella severamente.

—Es natural que se lleve a cabo una investigación... una pesquisa... las formalidades de costumbre. Me he puesto en comunicación telefónica con el despacho del *coroner*,(1) y le he prometido que iría yo mismo a Hómebury Saint Mary esta tarde. El estaba fuera en otro caso, y no llegará allá hasta las seis. Entre tanto, haremos lo que se pueda. Será indispensable hacer un esfuerzo para descubrir a la mujer.

Bessie Lónsdale debió lanzar alguna exclamación involuntaria, cuyo significado interpretó Mr. Burke a su manera, porque cambió de entonación al decir:

—Temo mucho, querida Mrs. Lónsdale, que esa mujer, quienquiera que sea, era bastante infame, porque... huyó.

—¿Huyó?—repitió ella.

El asintió con la cabeza.—Desapareció.

No supo ella qué expresión asumió su rostro, que le impulsó a decir:— No me extraña que esto le afecte tanto; a mí mismo me hizo gran impresión. Las mujeres no hacen estas cosas a menudo....

Ella sentía ansias de gritar que estas cosas no suceden a menudo a las mujeres, pero él seguía ya el curso de su razonamiento. Habíase levantado, y paseaba lentamente de arriba abajo delante del mortecino fuego, denostando con su voz incisiva, deliberada, refinada, a la mujer que había sido lo suficientemente cobarde para abandonar a un moribundo.—Aun cuando no hubiera sentido por él una afección seria, aun cuando nada se le diera de él, si éste fuera el caso, parece que la simple decencia... Esto arroja, francamente, una luz muy desagradable sobre el asunto... Áyling era un caballero, y—usted me perdonará el decirlo, estoy seguro—precisamente la clase de gente digna de quien se abusa, y que más fácilmente se deja arrastrar a una complicación desgraciada.

Ella hubiera querido detenerlo, gritar, protestar; pero sus palabras eran como golpes físicos que la aturdían y la dejaban impotente para expresarse. Sentía que si él continuaba en este tono, perdería toda conciencia de sí misma. Ahora mismo sólo escuchaba fragmentos de frases.

De pronto hirió sus oídos la palabra «publicidad». El se había detenido ante ella, contemplándola.

—Creo, Mrs. Lónsdale, que lo que todos deseamos—es decir, nosotros en el Club, y usted como amiga suya—es hacer lo posible para evitar un escándalo innecesario en conexión con la muerte del pobre Áyling. Es lo menos que podemos hacer por su memoria.

—¡Sí!—exclamó ella, asiéndose con frenesí a una paja.—¡Sí; esto a cualquier costo!

—¿Estaría usted dispuesta a secundarnos?

—¡Sí; haré cuanto sea posible! Pero, ¿en qué forma puedo ayudar?

La deliberación del hombre era enloquecedora.—Según parece, es usted la única persona—por lo menos la única a quien podamos acudir—que haya tenido conocimiento de la afección al corazón de Mr. Áyling. Usted puede asegurar, ¿no es cierto, que él sufría de una enfermedad seria al corazón?

—Vino de la India por esta causa.

—Muy bien, entonces. El médico a quien llamaron diagnosticó lo mismo.

(1) Empleado oficial cuyo deber es indagar las causas de las muertes repentinas y violentas, con presencia indispensable del cadáver.—LA REDACCIÓN.

Creo que juntos podremos obviar la necesidad de una investigación demasiado pública; en todo caso, trataremos de conseguirlo. Debe procurarse esto, naturalmente, antes de que comience la pesquisa oficial. Por consiguiente, si quiere usted venir conmigo esta tarde, en mi automóvil...

—¿Ir con usted? ¿Adónde?

—Al hotel, a Hómebury,—explicó. ¡Estaba cogida... cogida! Lo comprendió súbitamente, pero demasiado tarde, porque ya había protestado violentamente—¡Oh, no puedo... yo no puedo hacer eso!

Mr. Burke la miró. En pie delante de ella, aparecía como la encarnación del destino... Estaba cogida... No había forma de escapar, y repentinamente se dió cuenta de que se había levantado y decía:—¡Dispénseme usted! Por cierto que le acompañaré.

—Comprendo muy bien,—dijo Mr. Burke,—que uno se haga atrás para esta clase de cosas.

Ella no sabía lo que iba a hacer. Solamente comprendía que, por lo menos esta vez, no le era posible resistirse. Tuvo de nuevo la sensación de hablar y moverse automáticamente, de decisiones que se formaban por sí mismas sin el concurso de su voluntad.

Preguntó a qué hora deseaba él partir; y Mr. Burke, consultando su reloj, declaró que debía de salir inmediatamente; su automóvil esperaba en la calle, puesto que él había proyectado dirigirse a Hómebury tan pronto como terminara de hablar con ella. Bessie pidió permiso por un momento, y pasó a su habitación. No se cambió el vestido, sino que se puso un largo y pesado abrigo, su sombrero, su velo y los guantes, y se aseguró de que tenía su llave en su bolsa de mano. En seguida salió, y dijo que estaba lista para el viaje. El la felicitó sonriendo por el corto tiempo que había empleado, mientras ella se preguntaba si habría notado su vacilación anterior. Bajaron juntos las escaleras. En la curva de la entrada había un *chauffeur* de pie junto a un automóvil, dentro del cual la instaló cómodamente Mr. Burke con la mayor consideración. Dió luego sus instrucciones al *chauffeur*, y la siguió dentro del vehículo.

Entonces comenzó para Bessie Lónsdale un fantástico viaje, en que se sentía como arrastrada en las impasibles alas del destino mismo, hacia el escenario de donde había huído pocas horas antes.

No tenía idea alguna del drama que se iba a representar, de lo que la aguardaba allí o de lo que intentaba hacer. Su imaginación rehusaba afrontar la situación; y, cosa extraña, parecía casi descansar, recostada en los mullidos cojines; descansar hasta el momento en que necesitaría apelar a toda su fuerza. Sabía solamente que llegado el momento de actuar, habría de hacerlo.

Era curioso que sus pensamientos no volaran a Peggy. Sucedíale como al amante a quien se ha señalado una tarea hercúlea, y que no puede siquiera pensar en la amada hasta después de haberla cumplido.

Mr. Burke, sentado a su lado, parecía comprender que ella no deseaba conversar. Quizá si pensaba en otras cosas; después de todo, no había sido amigo de Richard Áyling; cumplía solamente un deber de humanidad.

Pasaban largos trechos en que ella no distinguía nada a los lados del camino, y otros, en que todo—casas, árboles y objetos de toda clase—se destacaban con intenso relieve y como amplificados...

—Temo,—dijo la voz de Mr. Burke, —que nos va a tomar una tempestad.

Bessie Lónsdale levantó la cabeza y observó que aquellos vellones de nubes ligeramente grises que había notado en el cielo aquella mañana temprano mientras aguardaba a Áyling en el jardín del hotel, y que habían continuado acumulándose durante todo el día, se extendían ahora negros y amenazantes sobre su cabeza.

De pronto, se desató la tempestad; el camino se convirtió en torrentes. El viento cambió, arrojando grandes ráfagas de lluvia dentro del carruaje.

El *chauffeur* se volvió, preguntando si debería detenerse para correr las cortinas. Mr. Burke dijo que no, que siguiera adelante, que podían soportarlo, y que era demasiado violento para durar mucho tiempo. Trató, entre tanto, de poner él mismo las cortinas, y Bessie le ayudó. Fué inútil, sin embargo; estaban empapándose, y el viento arrebataba las cortinas de entre sus manos. Mr. Burke se inclinó y dió la voz al *chauffeur* preguntando si había en las cercanías algún lugar donde pudieran acogerse.

—Hay una hostería a cosa de un kilómetro de distancia. ¿Me dirijo allá?

—Inmediatamente.

Poco después corría el automóvil entre los reflejos de luz que partían de las iluminadas ventanas del mesón. Una media docena de vehículos estaban ya alineados delante de la puerta. Abandonaron el automóvil, y corrieron juntos a refugiarse en la hostería.

Adentro, el pequeño salón público estaba casi del todo lleno. La gente estaba agrupada en torno de las mesas, ordenando comestibles y refrescos, y haciendo frente al mal tiempo lo mejor posible. Mr. Burke y Bessie Lónsdale eligieron una mesita, algo separada de las otras, en una esquina. El atareado propietario se acercó ágilmente y tomó sus abrigos para hacerlos secar al fuego de la cocina. Llegó luego una alegre y empapada partida de seis, quienes con grandes risotadas pusieron juntas las dos últimas mesas vacantes, y se colocaron cerca de ellos, de manera que ya no se encontraron en un rincón aislado.

Pasados algunos momentos entró, casi empujado a través de la puerta por una violenta racha de viento y de lluvia, un individuo de corta estatura,

---

HEROISMO

Para Fausto Coto, que trabaja en una escuela de heroísmo.

Verso sagrado que naciste un día
a flor de labio de Jesús el bueno...
llora como llorara el Nazareno
la plena ausencia de la vida pía!

Está todo el mundo confundido:
el heroísmo y la virtud caminan
por el mismo sendero en que asesinan
en nombre de una ley o de un partido.

Sirves, ¡oh verso puro! de centella
para exaltar el crimen del hermano;
el hombre te alza airado en la Epopeya
y con tu majestad se unge al Tirano!

Ya no en tu ritmo ni en tu canto haya
el hombre un ideal que lo redima;
el que mata en el campo de batalla
no mata... tiene el premio de la rima!

Si se mató «en heroicidad», tu soplo
levanta al criminal sobre la muerte
pues en ti la maldad tiene su escoplo
y sirves para el bronce del más fuerte.

Heroísmo satánico y sombrío!
heroísmo sin nombre que compendia
todo lo que desvasta y lo que incendia,
heroísmo de pena y de vacío!

¡No, no ha de ser heroico lo que arrasa
cuando la tierra de pavor se inunda,
sino lo que hace patria y hace raza:
la semilla de amor que se fecunda.

Mañana, el heroísmo ponderable
será aquel que convierta en agua el cieno,
el que mitigue el hambre al miserable,
el que haga de un salvaje un hombre bueno.

Verdadero heroísmo será un día
el que haya en el hombre cuando es justo,
o aquél que hay en la madre cuando cría
al hijo del dolor sano y robusto.

Heroísmo será, no el de la guerra
que ciega todo bien, todo cariño,
sino aquél que pondrá sobre la tierra
la luz de una sonrisa en cada niño.

Heroísmo que dé la luz que alcanza
la dorada visión que está escondida
y que lleve una abeja de esperanza
a todos los panales de la vida.

Heroísmo que arranque todo estrago
y le dé al desgraciado lo que ensalma,
un momento de amor, algún halago,
y un hálito de bien dentro del alma.

Será más héroe el que se aliente en nombre
del Bien y del Amor que es lo fecundo:
¡madres que con dolor dieron un hombre,
y hombres que fueron Cristos para el mundo!

ROGELIO SOTELA

(*Inédito*. Envío del autor).

grueso y encarnado, quien, una vez que el propietario le hubo aliviado del abrigo y del sombrero, quedó mirando en torno en busca de algún asiento libre. El mesonero se acercó a la mesa donde estaban Mrs. Lónsdale y Mr. Burke.

—Lo siento mucho, señor,—dijo;—pero es el único sitio que queda.

—¿Me permiten ustedes?—preguntó el desconocido, y ante la inclinación y sonrisa de Mrs. Lónsdale y el asentimiento de Mr. Burke, acercó una silla y se sentó a la mesa. Los dos hombres conversaron naturalmente de la violencia con que había estallado la tempestad, de la buena suerte de haber encontrado cerca un lugar donde asilarse.

Bessie Lónsdale sentíase contenta de que alguien hubiera venido a sentarse a la mesa, de oir que Mr. Burke y el desconocido entablaban fácil y casual conversación de hombres. Ello la libraría de la necesidad de hablar; le daría tiempo de concentrar sus pensamientos; parecíale vagamente que le habían concedido un respiro. De pronto, la voz de Mr. Burke interrumpió su meditación, dirigiéndose a ella:

—¡Qué coincidencia tan singular; Mrs. Lónsdale! ¡Este caballero es Mr. Ford, el *coroner*, también de camino a Hómebury!

El desconocido se puso de pie, inclinándose y contestando la presentación de Mr. Burky. Bessie Lónsdale tuvo la sensación de aguas que se cerraran sobre su cabeza; y, sin embargo, se inclinó también y contestó a su vez la presentación de Mr. Burke. Tuvo la vívida impresión de la luz que reflejaba desde lo alto sobre el cabello gris rojizo de Mr. Ford, mientras éste ocupaba de nuevo su asiento; de Mr. Burke diciendo algo acerca «del caso», y de que Mrs. Lónsdale era antigua amiga del difunto; de cómo había sido tan bondadosa para ofrecer espontáneamente cualquiera información que pudiera poseer en conexión con el caso, y de cómo este encuentro era «la más afortunada coincidencia».

Mr. Ford manifestó que tal era también su opinión. Irían juntos a Hómebury, añadió, tan pronto como la tempestad hubiera pasado.

—Supongo,—observó,—inclinándose un poco hacia adelante con aire confidencial,—que Mrs. Lónsdale está al corriente del... peculiar elemento...

—La mujer... sí,—dijo Mr. Burke.

—Y Bessie Lónsdale inclinó la cabeza y afirmó:

—Ya lo sé.

—Y ¿tiene usted idea de quién pueda ser?

Ella tuvo apenas que hacer un signo negativo, porque Mr. Burke, con atenta consideración, anticipó la respuesta:

—Desgraciadamente, Mr. Ford, nadie parece tener la menor noción de su identidad. Mrs. Lónsdale, sin embargo, se halla en en el caso de esclarecer un punto que, imagino, puede hacer menos importante de lo que a primera vista parece, la identidad de esa mujer. Mrs. Lónsdale tenía conocimiento hace tiempo de la seria condición del corazón de Mr. Ayling. A causa de esta afección, me ha dicho ella, Mr. Ayling se vió precisado a regresar de la India. El testimonio de Mrs. Lónsdale, unido a la declaración del médico a quien se llamó para verificar la causa del fallecimiento, deja muy pocas dudas de que se tratara simplemente de un ataque al corazón.

Mr. Ford meneó la cabeza repetidas veces.—Así parece,—dijo;—sí, así parece.—Detúvose en sus movimientos, y quedó inmóvil en un instante, como si pensara en otra cosa.—Si tal fuera el caso,—exclamó,—¡qué infame, en nombre del cielo, qué infame ha sido esa mujer!

—Creo que infame fué precisamente el calificativo que yo usé,—dijo Mr. Burke.

Y Bessie Lónsdale, escuchó por segunda vez aquel día dos voces ahora que, en lugar de una, se alzaban para denostar a una mujer que, a medida que hablaban, tomaba cuerpo y parecía casi tan real como ella misma.

Tuvo de nuevo la sensación de palabras que caían sobre ella como otros tantos golpes que se sentía impotente para resistir. Como sucede con el dolor físico, perdió toda conciencia del tiempo...

—Con todo,—declaró Mr. Ford, golpeando la mesa con aire de finalidad legal,—si Mrs. Lónsdale viene ahora con nosotros... la tempestad parece haber cedido... veremos lo que se pueda hacer.—Irguióse en la silla, como preparándose a levantarse.

A este movimiento, Bessie Lónsdale pareció quedar rígida en su asiento.

—Esperen.

Mr. Burke y Mr. Ford volvieron la cabeza, sorprendidos por la extrañeza de su tono. Aguardaron que ella hablara.

—Yo no puedo ir.

—¿No puede usted ir?—repitieron a una voz,—¿Por qué no?

—Porque,—dijo ella,—yo soy la mujer de quien han estado ustedes hablando hace un momento.

Por un instante quedaron los tres en completa inmovilidad. Luego, lentamente, Mr. Burke y Mr. Ford volvieron la cabeza para mirarse el uno al otro, como tratando de darse cuenta de lo que habían oído. Mr. Burke colocó una mano sobre el brazo de Bessie Lónsdale que descansaba sobre la mesa, y habló con gran gentileza en verdad.

—Mi querida Mr. Lónsdale, eso es imposible.

—¿Imposible?—dijo ella pasándose la mano delante de los ojos;—¿imposible?

—Indudablemente, Mrs. Lónsdale. —Hablaba dando razones, como si fuera ella una criatura. — No puede haber sido usted.—Volviéndose ahora para incluir a Mr. Ford, que miraba a ambos de hito en hito. — Yo mismo dí a Mrs. Lónsdale por teléfono la noticia de la muerte de Mr. Ayling. Ella estaba en su casa, en Cámbridge Terrace, tomando el te tranquilamente con una amiga; la amiga estaba allí todavía cuando yo llegué. Usted había estado en Londres todo el día.

—No,—dijo ella.—No, Mr. Burke.

—Creo,—dijo Mr. Ford, también con mucha gentileza en verdad,—que Mrs. Lónsdale probablemente trata de escudar a alguien.

Bebé

Chiquitillo, chiquitillo,
de mirada que ilumina
con luz de alba las tinieblas de mi ruta,
¿quién te trajo a mi jardín?
¿Fué alguna hada,—por ventura tu madrina?
¿Fué algún gnomo, majo y pillo,
que te criaba en el regalo de su gruta?
¿Fué un amable querubín?—

Díme, díme con premura,
ve que el ansia me devora,
¿es tu estirpe, geniecillo,
de celeste condición?
¿Eres hijo tempranero de la Aurora?
¿De algún cuadro de Murillo,
en un rapto de divina travesura,
te has fugado, te has fugado, picarón?—

En las noches de bonanza y de sigilo,
un reflejo todo nácar de la luna
en tus hombros pone alillas
con su diáfano cendal;
pero no eres, no, ninguna
de esas locas y bizarras maravillas
que la mente a solas teje con el hilo
de lo ignoto, del ensueño, de lo irreal.—

Lo que tú eres lo delata
tu presencia
en el lúcido gracejo con que ríe
tu boquita de rubí,
en el rayo de celeste iridiscencia
que deslíe, que deslíe,
como lluvia sutilísima de plata,
tu mirada cariciosa sobre mí.—

Ya deshecha la quimera
de regalo, de engañifa y de fortuna
que nos dice de otro cielo,
otra tierra y otro mar,
en el frágil barquichuelo
de tu cuna
voy con alma valerosa y placentera
remontando la corriente del azar.

En él llevo mi tesoro,
el tesoro amontonado
en las ansias de sus locas ambiciones
por mi amante corazón,
y eres tú granito de oro,
lo más rico, más hermoso y más preciado
que yo guardo,—duro avaro,—en los rincones
de mi tosco y viejo arcón.

Justo A. Facio

(Envío del autor).

Hasta aquel momento Bessie Lónsdale no había tenido plan definido. Solamente sabía que no le era posible ir a Hómebury Saint Mary, donde la habrían reconocido. Pero algo en la hipótesis de Mr. Ford—en el tono, quiza más que en las palabras—la hizo decir mirando alternativamente a uno y a otro de estos hombres, hace poco desconocidos para ella:

—¡No sé... no sé si podría yo hacerles comprender!

Ellos le suplicaron creer que era lo que deseaban con mayor ardor.

—Lo hice...—se detuvo haciendo luego un esfuerzo para continuar.

—Lo hice... a causa de mi hija.—

Penetrada en la verdad de sus palabras no echó de ver siquiera, en la expresión escandalizada del rostro de sus oyentes, el horror de lo que creían que ella confesaba, y la razón aparentemente obvia a que su mente les había arrastrado.

Mr. Burke extendió de nuevo la mano hasta colocarla sobre el brazo de Bessie, que tembló ligeramente a este contacto.—Mrs. Lónsdale,—dijo, hablando esta vez todavía con mayor suavidad, pero con más énfasis que antes,—¿está usted *segura* de que desea decirlo?

—No;—dijo Bessie Lónsdale;—pero tengo que hacerlo, ¿no lo comprende usted?

Mr. Ford se removió en su asiento, y habló con voz reservada, judicialmente:

—Me parece que hemos avanzado tanto, que sería mejor tal vez que Mrs. Lónsdale nos dijera aquí lo que tiene que comunicar.

Mr. Burke asintió, y ambos la miraron ansiosamente.

—¿Y bien, Mrs. Lónsdale?—dijo Mr. Ford.

Por un instante los obscuros ojos de reflejos dorados parecieron buscar algún contacto humano que ella en su vaguedad daba muestras de haber perdido. Y luego comenzó por el principio: el compromiso matrimonial de su hija con el joven Andrew McCrae, su dicha, la seguridad de su porvenir... Y quietamente, tan sólo de vez en cuando con ligera tensión del cuerpo y de la voz, les refirió exactamente cuanto había sucedido, sin excusas ni adornos. Obedeció a un solo impulso, que trataba de hacerles comprender: la seguridad de su hija.

Y ellos aguardaron, atentos y pacientes, que se descubriera el motivo, que se revelara el principio de la complicación entre su hija y Richard Áyling, que, a su entender, debía constituir el punto culminante del relato.

Y a medida que avanzaba la historia su estupor aumentaba, porque, al parecer, la hija de Bessie Lónsdale jamás había tenido siquiera noticia de la existencia del hombre que yacía muerto en el hotel de Hómebury. La madre insistía particularmente en esto.

Ellos pensaban que retrasaba esta confesión hasta el momento en que por fuerza debiera brotar de sus labios; mas la historia proseguía; Bessie Lónsdale la relataba paso a paso, explicando cada una de las horas transcurridas.

Esperaba que aludiera al estado del corazón de Áyling. Tampoco hizo mención de ello, excepto para decir, llegado el momento de relatar su descubrimiento, que no había recordado antes esta circunstancia; que aun al abrir la puerta del cuarto no pensó directamente en su dolencia; y sólo cuando le vió allí tendido y apaciblemente muerto, recordó el peligro en que había vivido de continuo. Parecía ofrecerlo como prueba de la súbita y terrible impresión que sufrió y como disculpa de su conducta posterior.

Lenta, gradualmente, a medida que escuchaban su narración y que la luz se hacía respecto de sus omisiones, comenzaron los oyentes a vislumbrar que Bessie Lónsdale refería la verdad absoluta, y que a favor de esta verdad trataba de impugnar *algo*, pero no lo que ellos habían pensado.

Detúvose ella en el momento de relatar su fuga, procurando, aunque con escasas esperanzas, hacerles comprender el verdadero sentimiento que la había impulsado. Habló del inflexible honor de los McCrae, del gran respeto que generación tras generación habían consagrado a su nombre. Luego, de súbito, como si percibiera la imposibilidad absoluta de lograr que comprendieran su situación, pareció abandonar con un gesto abstracciones y obscuridades y encontrar en el fondo de su corazón de madre las simples y decisivas palabras:

—¿No lo comprenden?—dijo—Yo no había pensado en lo que mi estadía allí, en el mismo hotel con Mr. Áyling, podía hacer creer... y de pronto, todo se presentó cruelmente a mi imaginación. El asunto entero, la manera en que el mundo lo interpretaría, cómo aparecería ante los ojos de la familia del prometido de mi hija... que ello pudiera significar la ruptura de su compromiso... la ruina de su felicidad futura... ¿no lo ven ustedes?... Yo nó pensé en que era «una infame»... isolamente pensé en mi hija!

Ambos hombres lanzaron una sorda exclamación, como si algo les hubiera herido. Por su expresión podía creerse que la mujer era la acusadora y ellos los acusados.

—¡Oh, mi querida Lónsdale!...—comenzaron al mismo tiempo, pero ella los detuvo con un gesto de su mano.

—No les reprocho,—dijo,—no les reprocho a ustedes. *Fuí* en verdad, una infame por haber huído, pero simplemente no pensé en mí misma.

Su tono, su dulzura, eran la prue-

LA BALA

La bala que me hiere
será bala con alma.
El alma de esa bala
será como sería
la canción de una rosa
si las flores cantaran,
o el olor de un topacio
si las piedras olieran,
o la piel de una música
si nos fuese posible
tocar a las canciones
desnudas con las manos.

Si me hiere el cerebro
me dirá: Yo buscaba
sondear tu pensamiento.
Y si me hiere el pecho
me dirá: ¡Yo quería
decirte que te quiero!

SALOMÓN DE LA SELVA

(Envío del autor. México).

ba más convincente. Sólo los inocentes perdonan con tanta benignidad.

—Y ahora,—continuó diciendo con voz terriblemente fatigada,—lo he dicho todo. ¿Quieren ustedes que les acompañe? Ya no llueve.

—Quizá sería conveniente, Mr. Ford...—comenzó Mr. Burke. Cambiaron una mirada en que había interrogación y asentimiento.

—Si usted viene conmigo en mi automóvil, Mr. Burke,—dijo Mr. Ford, —creo que su *chauffeur* podría llevar a Mrs. Lónsdale a su casa. No es necesario que ella aparezca en el caso.

La gratitud de Bessie Lónsdale no pudo expresarse con palabras; quedó perdida en el estupor del primer momento. No había esperado que pudieran creer su relato. Ni aun ante sus propios oídos había parecido adecuado.

—Imagino,—dijo Mr. Burke, viendo que ella quedaba silenciosa por tan largo espacio,—que Mrs. Lónsdale no tiene idea de la gravedad de la acusación a que ha escapado.

—¿Acusación?—repitió ella,—...¿acusación?...—y sin más palabras, Bessie Lónsdale desfalleció en su asiento. Y al perder los sentidos oyó, vagamente y a la distancia, la voz de Mr. Ford que replicaba:

—Eso mismo... el hecho de que *no tuviera* idea de ello... y eso solamente, ha permitido que escapara.

¡Estoy perfectamente segura,—decía Peggy Lónsdale a su regreso el sábado por la tarde,—de que te has pasado unos días de lo más monótonos !Recorría el departamento, sin haberse despojado todavía de su atavío de viaje, y se detuvo un momento para sentarse en el brazo del sillón que ocupaba su madre.—¡En fin, querida mamá, siquiera no tenías que pensar en mí! ¡Esto habrá sido un descanso!

Inclinó la cabeza para besarla, y Bessie Lónsdale, acariciando la fragante y fresca mejilla, respondió:

—¡Oh! He pensado en ti algunas veces.

(*Inter-América*, New York).

El Gobierno americano confió a los

COMITES NANSEN y HOOVER

varios millones de dólares.

Inglaterra ha confiado también

AL DOCTOR NANSEN

diversos auxilios.

Benedicto XV entregó al Doctor Nansen

un millón de liras

El Gobierno de Suiza, según declaración del Ministro de España en Berna, entregó al Doctor Nansen sus socorros.

DE LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

nos indican que enviemos cuanto se recaude

AL DOCTOR NANSEN

Estas y otras muchas son las garantías de que por medio de los Comités de Nansen, que gozan de una inmensa autoridad, hasta el último céntimo de lo recaudado ha de llegar a los desgraciados de Rusia.

EL «REPERTORIO AMERICANO»

también remitirá

AL DOCTOR NANSEN

lo que recolecte de niños y maestros de Costa Rica.

Hasta ahora:

Escuela «Miguel Obregón», de Tibás ...	¢ 38.50
Maestros del Circuto I. de la Provincia de San José	17.75
C. L.	0.90
Carlos Aragón (Cartago)	25.00
Escuela Superior de Varones (San Ramón)	10.00
Escuela de Varones «Jesús Jiménez» (Cartago)	24.00
Escuela de Orosi	20.00
Escuela Alto de Araya	4.00
Escuela de Niñas (Escasú)	21.40
Escuelas de la ciudad de Grecia	126.50
Escuela de Colima	9.35
Escuela de la Estación	30.25
Escuela del Zarcero	25.00
Escuela de Sabanilla de Montes de Oca	10.10
Escuela «Juan Rafael Mora»	68.30
Escuela de San Ramón	10.50
Varias escuelas del Circuito IV, Alajuela	31.85
Varias escuelas	144.00
Escuelas del Circuito I de San José	129.10
Otras escuelas de la Provincia de Alajuela	190.45

Crónica de España

Por ALFONSO REYES

UN LIBRO DE ENRIQUE DIEZ-CANEDO

Enrique Díez-Canedo acaba de publicar un libro, «Conversaciones literarias», en que reune las crónicas que, sobre la actualidad literaria, ha venido dando a las revistas y los periódicos de 1915 a 1920.

Quisiéramos que año por año publicara un libro semejante. No es fácil encontrar un guía mejor informado ni mejor intencionado. Su ponderación, su equilibrio, alcanzan ese grado heroico de la prudencia que es, en verdad, mucho más heroico que la heroicidad del arrebato. Ninguna consideración extraña a la razón o al gusto es capaz de hacer vacilar su juicio en materias exclusivas de la razón y el gusto. Pero todas las legítimas consideraciones humanas —afectos, sentimientos, siempre pasiones de la bondad—pesan a un tiempo en su espíritu en cuanto se trata de apreciar ese aspecto puramente humano del escritor que, a los ojos de un moderno, forma, en rigor, parte de la obra misma.

Por su ánimo comprensivo, por su información sólida y exacta, Díez-Canedo realiza el mejor tipo del hombre de letras. Por su gusto abierto, pero maduro—tan distante del exclusivismo senil como de la plasticidad pueril que todo lo acepta y admira—es el más amable compañero de los aficionados a leer.

Canedo, este hombre bueno, este amigo risueño y sano, este bibliófilo incansable que sabe dar caza a los libros únicos como acaso solamente lo sabe hacer el curiosísimo «Azorín», comenzó a escribir en plena era del modernismo. Y es notable que, desde el primer instante, en sus primeros versos, aparezca completamente purgado de esas afectaciones que fueron —junto a sus incontables virtudes—el gran pecado del modernismo. Como hombre, como escritor, Canedo ignora la afectación. Y su sencillez resulta tan espontánea que, siendo siempre la sencillez la corona de los desvelos del escritor, parece que la mereció por gracia inmediata de la Musa. Su estilo es el estilo mejor para hablar de todo.

Los escritores hispano-americanos debemos tener presente que pocos se interesan tanto en España por nuestras revistas y nuestros libros como Canedo. Nos conoce mejor que nos conocemos nosotros mismos y—lo que vale más—nos lee y nos sigue por el gusto de hacerlo, porque afortunadamente no es «americanista profesional».

TRES LIBROS DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Una reedición de la *Meditación del Quijote*, un tercer tomo de *El Espectador* —pletórico de motivos y sugestiones—y una *Meditación de Don Juan* donde se hace, del personaje tradicional, un análisis que merece estudio detenido: he aquí la labor del ensayista español en estos últimos meses.

Educado en ideales severos, el joven maestro impidió que se le pegaran los dejos de la «tertulia de redacción» que, en sus primeros años de letras, pudieron haberlo contaminado; más tarde, a la hora en que el hombre escoge las dos o tres direcciones fundamentales de su conducta, la influencia de una ciudad alemana, la vida estudiosa, la disciplina filosófica de Cohen, fueron modelando su alma. Prendió en ella el ardor de la juventud, señaló remedios a la política y orientaciones al arte, inquietó las almas nuevas, fue El Inquietador, mucho más que El Espectador, como él gusta de llamarse ahora.

Un viaje a nuestra América deslumbrante, en esa oportuna sazón en que comienza a oirse la voz del «Demonio del Mediodía», acabó de ensanchar generosamente las fronteras de esta alma, que, abandonando la adustez casi ascética de otra hora (lector: yo también fuí un niño sin sonrisas y te descubro, con emoción este gran proceso hacia la alegría) se abrió a una comprensión más vasta y robusta de la vida, donde caben ya hasta la frivolidad y los juegos.

Y así, del camino recorrido por este viajero, resulta una gran lección de vivir «la vida oportuna», dando a tiempo a nuestros anhelos lo que por derecho vital les corresponde.

Ortega y Gasset—como un Fausto todavía joven, pero ya con cierta trágica inquietud—cierra un instante el libro y alarga las manos hacia la imagen (¡ay! hacia la imagen voluble) de la vida. Una gran sed, una noble sed atraviesa su alma. La primavera y la flor, la mujer y la juventud recobran su trono de honor en la conciencia, y aún la sensualidad de don Juan resulta abolida y perdonada, porque ha sido plena y sincera; porque nunca se dió por definitivamente saciada. Tal aquella nave que nunca se dejaba tentar del nuevo puerto en que dormía cada noche, por lo mismo que iba en busca del puerto definitivo: el que no se encuentra en las costas de la tierra.

(De *Social*, Habana).

MI CAMINO

Adorar!..... Adorar!.....
Y por siempre adorar
a alguien que no existiera
en este mundo, todo material.
Caminar por el bosque y la pradera,
e ir adorando en todo lo que viera
la espiritualidad!
Y camino, y camino,
mas, ni siquiera sé si en mi camino,
encontraré.....
¿Qué he de encontrar? Yo misma no lo sé.
El buen Dios me ha mandado.....
¿Para qué?
Mi camino es muy solo y muy cansado.....
Veo un campo florido,
en la cumbre.....
Aquí no hay flores..... Nada!
¡Oh ansiada
cima de la montaña!
No tengo sol que alumbre
mi camino.... El aire se me empaña.....
Mas camino despacio, muy despacio,
y trepando hacia la cima inaccesible
con mi carga de amores,
que cual carga de flores,
embalsama el camino y el espacio.
Y voy sola, sin nada, con mis cantos
de amor al que no existe, ni ha existido.
¿Por qué poder mi sueño ha florecido
en este triste erial de desencantos?
¿A quién amo? No sé.....
es en vano esperar.....
Ninguno ama como Él.....
Es en vano
buscar entre los hombres lo inhumano;
es suspiro de Dios,
es, en su inexistencia,
sólo luz, sólo alma, sólo esencia.
Adorar!.... Adorar!....
Y por siempre adorar
a alguien que no existiera
en este mundo todo material!
Caminar por el bosque y la pradera,
e ir adorando en todo lo que viera,
la espiritualidad!

TULA VAN SEVEREN

Envío de la autora, que es salvadoreña y hermana de Julia: ambas llenas de gracia y en camino de ser dos poetisas insignes, orgullo y gala de nuestra América.

Un atardecer

A doña CARLOTITA DE ALBERTAZZI.

SURGE la tarde como una ánfora de topacios, que derrama el agua clara y trémula de los recuerdos.

Aún hay en mi alma el estremecimiento que me produjo un piano. Cómo reía su risa de luz divina aquel teclado! La mano de la artista era una paloma de albo plumaje que saltaba y saltaba y daba armonías....

Estos ratos son oasis en mi vida actual, como las visitas y como las cartas. Son florecillas temblantes en el bejuco de mi enfermedad.

¡Oh la belleza de la recordación! Oh las cosas pasadas y queridas: mi alma vive en vosotras, mi alma—que es una mujer pálida con los ojos soñadores e infinitamente misteriosos.— Ella no sabe sonreir: sabe llorar, para que mi boca ría.

Alma: mira cómo el ánfora de la tarde se va esfumando en la lejanía, llevada en los hombros mórbidos de las Horas y cómo aún desgrana el hilo de perlas claras de los recuerdos.

¿No me oyes, alma, qué haces?

—Estoy recogiendo esas perlas....

Montes de Oca, Febrero. NERTO

(Envío de la autora).

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por
J. GARCÍA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.................. ¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración.......... 2-00
Para el extranjero, el número suelto.............................. $ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas).......... 3-50 » »
La página de avisos, por inserción.............................. 20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica